

RESEÑAS

ALBERT O. HIRSCHMAN, *Journeys Towards Progress*, New York: The Twentieth Century Fund, 1963, 308 pages. \$4.00.

La primera parte del libro de Albert Hirschman, *Journeys Towards Progress*, presenta en tres monografías exhaustivas, bien documentadas y bien escritas, tres típicos problemas de subdesarrollo: la emaciación, saturada de sequía, del nordeste brasileño, la balanza de pagos de Colombia y la inflación de Chile.

Esta parte del libro nos impresiona como las minutas de la Conferencia del Desarme que ha estado sesionando en la exhausta Ginebra desde los años veinte. No importa la página que uno lea, siempre es la misma historia. El problema fluctúa, los asesores extranjeros llegan y se van, los reformadores nativos aparecen y desaparecen, se aprueban leyes, se establecen entidades, se adopta medidas, violencias, revoluciones, amenazas de secesión, nuevas alianzas emergen, nuevas consignas son esgrimidas, y, a la postre, ¿cuál es el resultado? En vez de que los reformistas consuman una serie de problemas, los problemas consumen una serie de reformistas. De esta guisa, al igual que la guerra está aquí después de cuatro décadas de Conferencia del Desarme, el Nordeste del Brasil sigue pasmosamente a la zaga, Colombia sigue sufriendo su problema de la balanza de pagos y la inflación continúa rampante en Chile. Pero como suele ocurrir con las historias de casos, sean de escándalo, enfermedades, crimen o los amores de Fanny Hill, lo cierto es que una vez uno se concentra en ellos, su infinita repetición de esfuerzos y fracasos no resta sino que más bien les añade interés.

Aún más inquietante que las tres monografías sobre la miseria en dichas áreas retardadas es, sin embargo, el análisis que de ellas se hace en la segunda parte del volumen, un análisis condensado, objetivo y lleno de aristas. Lo normal sería que al leer esta parte uno esperara que el autor diera la receta para el éxito. Pero lo que hace Hirschman en realidad equivale a un manual que trata no tanto de la reforma triunfante sino de lo que el autor llama "cambalacheando reformas" con éxito. En vez de examinar la *naturaleza* de los programas de reforma, el autor se demora en las *manneras* en que tales

programas son puestos en vigor a lo largo de jornadas que conducen más al poder que al progreso. En pocas palabras, con su precisión clínica y su lenguaje rico en analogía, metáfora e imágenes, es para los políticos del desarrollo económico lo que *El Príncipe* de Maquiavelo es para los gobernantes. Enseña métodos para abrirse camino y llegar a la cumbre.

Un rasgo de valor especial en esta parte segunda está constituido por categorías bien definidas, que iluminan el laberinto de interacciones que anima al delicado objeto móvil de la política de desarrollo. Se contrasta a la revolución con la mera reforma; se la abandona por problemas privilegiados; se la escoge con zonas de acción urgentemente impuestas, se la opone a medidas que no son antagonísticas; se la considera un remedio con enfoques ideológicos reformistas y con las respuestas adaptativas y creativas (de Schumpeter) frente a situaciones problemáticas. El autor traza la reacción en cadena que se desata cuando un problema se agrava: intensificación de los motivos para la acción; aumento de la comprensión del problema; una mayor intensificación de los motivos —de rebote—; nacimiento de la capacidad para la acción. Lo que surge a la postre es lo que en la América Latina se considera un estilo nacional de política, un dualismo que se basa en “la coexistencia de lo nuevo y lo viejo, lo eficiente y lo ineficiente, lo moderno y lo atrasado, que ha sido reconocido como uno de los ‘rasgos de personalidad’ relevantes de los países menos desarrollados”. (p. 230).

Un político astuto en materias de desarrollo y un sagaz “traficante en reformas” probablemente reaccionarían ante los enfoques de Hirschman como Bernard Shaw reaccionó ante un estudio sobre la naturaleza del genio, cuando dijo a su autor: “Todo esto es muy interesante, pero, desde luego, nada tiene de nuevo para mí. Puesto que yo mismo soy un genio”. Por fortuna, Hirschman resiste la tentación de nuestra época de llevar su descripción al punto de la formulación matemática, aunque, es cierto, se acerca peligrosamente a tal riesgo con sus símbolos griegos de alfas, betas, etc., en su “Digresión” final sobre los modelos del “cambalacheo de reformas”.

El profesor Hirschman ha olvidado en su fascinación con el tema el estudio de las causas del retraso. Estas parecen salir a flor en sus propios estudios pero son descartadas como insignificantes. Por ejemplo, cuando leemos sobre los sentimientos de secesión en el Nordeste del Brasil —sentimientos a los que apenas si se presta atención—, nos preguntamos si el alarmante abandono en que se tiene a aquella región periférica de un país rico se debe no tanto a las sequías como al hecho de que pertenece a un estado de tan enorme tamaño que el gobierno central sencillamente jamás pudo llegar a prestarle la aten-

ción que se merecía. La secesión entonces aparecería no como una reacción de querrela sino como la respuesta racional al problema del infradesarrollo. De la misma manera, esa fue la respuesta en las colonias británicas de América, Islandia, Noruega, o en forma menos radical, Puerto Rico. Pues aunque este último no secedió actualmente de los Estados Unidos no hay duda de que su dramática jornada hacia el progreso se hizo posible sólo después de obtener una gran medida de autonomía, que permitió al gobierno local transferir importantes potestades sobre política desde la remota Washington, con sus escalas continentales, a San Juan, centro de una pequeña región, con sus proporciones humanas. Esta es la razón de que existan movimientos de autonomía y secesión no sólo en el Nordeste del Brasil sino también en Calabria, Sicilia, Bretaña, Escocia, Gales o Siberia. Aunque estas regiones están vinculadas a países que cuentan con las economías más avanzadas, permanecieron a la zaga pero no porque carecieran de saberes tecnológicos, de genio político o de traficantes en reformas, sino porque padecieron el abandono inevitable de lejanas regiones periféricas en países excesivamente grandes, abandono por parte de los gobiernos centrales recargados con demasiadas tareas. Esto nos hace concluir que uno de los instrumentos más efectivos de reforma, tal vez no resida tanto en la reforma o la revolución social sino en lo que podría llamarse una *Klein staaterrei* de Desarrollo.

El autor no llega a esta o a ninguna otra conclusión. Pero este no era su propósito. Ciertamente, descarta la práctica que Flaubert llamó *rage de vouloir conclure* como una moda pasajera. Lo que se propuso fue seguir la trayectoria de ciertas políticas reformistas y derivar de ellas ciertos "arquetipos" de traficantes en reformas y su arte maquiavélico, todo hecho con agudeza y elegancia. En esto tuvo éxito. Ha llenado una laguna pequeña pero inquietante en la literatura sobre el desarrollo económico con la perceptividad para el detalle que distingue las monografías que Sherlock-Holmes solía escribir cuando sus tareas mayores así se lo permitían. Hirschman ha escrito con lucidez, precisión, lógica y minuciosidad. Y lo que ha escrito será leído con provecho y aun con fascinación. Mas lo que deseen ver la gama total de los problemas del infradesarrollo tendrán que dirigirse a otros volúmenes como *A Primer of Economic Development* (New York, Macmillan, 1962), cuyo autor es Robert J. Alexander. Este es el más conciso y tal vez el mejor libro sobre el asunto.

LEOPOLD KOHR

Universidad de Puerto Rico